

¡QUE SE OIGA!

Hablar es importante, pero mucho más importante es ser escuchado. En más de una ocasión hablamos y esas palabras no tienen ningún efecto, son como un ruido ambiente que no entra a la mente y corazón de la otra persona. A veces no escuchamos a los demás porque hablan bajo, pero muchas otras aunque los escuchamos, “no los escuchamos”. ¿En qué ocasiones escuchamos sin escuchar?

¿Es posible que a veces hablemos a Dios y El no nos escuche? ¿Puede ser que “oremos mal”?

LO QUE LA BIBLIA DICE SOBRE OBTENER RESPUESTAS DE DIOS

“Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces.” Jeremías 33:3

Según este pasaje ¿qué debemos hacer para que Dios nos responda?

¿Qué significa esta actividad? ¿Cuál es la diferencia con hablar o conversar?

¿Qué es lo que evidencia el clamor sobre la necesidad de la persona?

Aparte de la respuesta a la petición ¿qué más nos da el Señor?

MÁS QUE GRITAR

Clamar no es sólo alzar la voz. Es desnudar el alma delante de nuestro Padre mostrando nuestra necesidad y nuestra incapacidad de solucionar las cosas solos. En este sentido, podemos “gritar en voz baja” o gritando... lo importante es hacernos notar delante del Señor.

Podemos clamar por una enfermedad, un problema de familia, una carencia económica y otras tantas cosas. Pero una de las cosas más esenciales para el cristiano es tener una espiritualidad ferviente. No debemos abandonarnos y esperar que “mágicamente” nuestro espíritu se encienda... ¡tenemos que clamar a Dios!

Los discípulos se unieron para clamar ante el Padre por sus necesidades y ocurrieron milagros. Dice la Biblia que *“alzaron unánimes la voz en oración a Dios”* (Hechos 4:24). ¿Y si clamamos juntos? Es una receta que rara vez falla.